

La obra del profesor Norberto Pinilla, Director de las Escuelas de Temporada de la Universidad de Chile, es la valiosa y emocionada contribución de un hombre que no ha regateado su esfuerzo para esclarecer uno de los aspectos más interesantes de la vida literaria chilena. Merece una difusión amplia. Los estudiosos hallarán en este libro un buen instrumento de información y los eruditos un imprescindible punto de arranque para cualquier intento de mayores proporciones.—VICENTE MENDOGOD.



SOBRE «CANCIONES DE TODOS LOS TIEMPOS» DE FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ

New York, 20 de octubre de 1943.

Querido Félix Armando:

No sabe cuánto buen goce estético estoy logrando con sus «Canciones de todos los tiempos». Nos enseña usted en ellas que es posible expresar la tremenda sensibilidad y la angustia de estos días sin destruir lo que para mí es esencial en todo arte: la forma. Hay que haber sido romántico para ser clásico, me parece que dijo alguna vez el viejo Goethe de las «Conversaciones». O a la inversa, siempre he pensado que es necesario saber escribir excelentes sonetos para dejar de hacerlos. Creo que en mi país, en nuestro país, donde el talento poético por falta de oficio ha tomado el camino fácil de la disolución, su libro va a tener una influencia ejemplar. Y cómo me gusta que en medio de los pinos y el paisaje un poco nórdico de Concepción, de pronto Ud. recuerde nuestro trópico elemental. En medio de las «Academias» de tan perfecto dibujo, de tan acabados cuadros de composición, ese «Romance del Libertador» tiene la eficacia popular de un corrido. Y cómo me hizo evocar algunos

mediodías terribles de la sabána venezolana: en un duro paisaje de chaparrales, de lejanía sin término, de sol que cae a plomo.

Reciba con mi reiterada alegría por el libro, un gran abrazo de—MARIANO PICÓN SALAS.

---

Santiago, Julio 15 de 1943.

Querido amigo:

Hace pocos días terminé la lectura de *Canciones de todos los tiempos* que Ud. tuvo la gentileza de enviarme.

Debo decirle, con real sinceridad y sin que medie sentimiento ninguno de simpatía personal, que ha constituido para mí una revelación. Y no por desconocer la fama literaria que Ud. se había ganado en largos años de silenciosa faena.

Es Ud. un gran poeta. Uno de los más grandes poetas contemporáneos de nuestra América.

Hay, en su obra un acento propio, hondo y penetrante. Ese acento personalísimo, es el que caracteriza siempre a todo poeta alto.

Si algún reparo pudiera hacerse al volumen recién aparecido, sería el de su desigualdad; pero es reparo aplicable a cualquier otro de su alcurnia. De lo publicado, podría hacerse una selección de mérito extraordinario.

Su poema *Jesucristo* permanecerá, en la literatura mística de nuestra habla, como una de las composiciones poéticas mejor logradas.

¿Y qué decirle de su *Canto heroico a Chile*? Creo que este canto suyo y el hermosísimo de Rubén Darío, escrito en Santiago en los tiempos de *Azul* . . . , son los dos mejores poemas hechos hasta hoy en homenaje a mi patria.

Entre los poemas menores, podría señalar unos cuantos —como aquel delicioso «Miguel Angel»— que me parecen de gran calidad.

Con *Canciones de todos los tiempos* se inicia para Ud, una etapa trascendental en su vida, porque este libro le colocará, dentro de América, en la categoría de gran poeta, que ya nadie se atrevería a discutirle.

Con mis felicitaciones cordialísimas, va un abrazo de su amigo

EUGENIO ORREGO VICUÑA.

---

Montevideo, 16 de Julio de 1943.

Admirado poeta:

Su libro «Canciones de todos los tiempos» me ha hecho el efecto de un joyero que se volcaba, con la que surgían ante mi vista los cegadores brillantes, los rubís escintilantes, las serenas turquesas, los envidiosos jacintos, las amatistas graves, los granates báquicos, las pérfidas esmeraldas... y otras piedras, menos apreciadas, pero también preciosas; el ópalo, las ágatas, el aguamarina...

Eso es su libro: una porción de piedras de brazaletes, de collares y aun de diademas. Y, a veces, en esta y aquella página, ya no hay gemas, sino trabajos de orfebre, con brillantes engarzados.

No he hallado otro modo de significarle mi deslumbramiento, desde el soneto inicial, «Sacramento», que parece una pieza maestra de nuestro Herrera Reissig, hasta las versiones de Goethe, pasando por cien poemas originales, de singular brillo y hasta hondura.

Su afectísimo y S. S.

VICENTE A. SALAVERRI.